

EL FUTURO DE LAS REVISTAS CIENTÍFICAS EN LA SOCIEDAD TECNOLÓGICA

THE FUTURE OF SCIENTIFIC JOURNALS
IN A TECHNOLOGICAL SOCIETY

José Antonio Ibáñez-Martín^a

El 7 de mayo de 2016 un conductor que tenía puesto el piloto automático de su coche, mientras él veía una película, falleció al empotrarse contra el remolque de un camión que giraba a la izquierda. La empresa que ha empezado a poner en circulación los coches con esa tecnología ha declarado que es la primera víctima mortal, tras realizar 209 millones de kilómetros, mientras que la conducción humana ofrece una media de 96 millones de kilómetros por cada muerte. De hecho, son varias las compañías importantes que están trabajando en esos coches, con la decisión de ponerlos en el mercado de forma masiva para el año 2020. Naturalmente, es fácil prever los cambios que van a traer consigo –comenzando por la desaparición de miles de puestos de trabajo de conductores de autobús, trenes o camiones– estos descubrimientos, expresión de las consecuencias que se deducen del desarrollo de la sociedad del conocimiento.

Ante este horizonte, podemos hacernos dos importantes preguntas, una sobre el lugar de las revistas científicas en la sociedad del conocimiento y otra sobre la influencia que esta sociedad, con sus avances tecnológicos, ejercerá sobre la estructura de dichas revistas.

En relación con la primera cuestión, me parece que las grandes revistas científicas van a tener próximamente una influencia cada vez mayor. En efecto, el siglo XX despejó la duda sobre si realmente las revistas tienen importancia, cuando, por principio, no po-

^a Director de la *Revista Española de Pedagogía* de la Universidad Internacional de La Rioja (UNIR).
E-mail: jaimm@unir.net



drían presentar hallazgos largamente fundamentados y desarrollados, que solo cabrían en los libros. Han sido tantas las aportaciones científicas de primer orden que han visto su luz en el siglo XX, presentadas en una revista científica, que hoy nadie duda del relevante lugar que ocupan en la construcción de la ciencia.

Es cierto que, como en cualquier ámbito humano, la calidad de las revistas no es uniforme. Por ello, quienes tienen responsabilidades en la dirección de una revista me parece que están especialmente llamados a responder a dos grandes interrogantes, que son intentar descubrir las peculiaridades que definen a las grandes revistas, para conocer el objetivo hacia el que hay que orientarse, así como diseñar el modo propio de responder a los concretos problemas, no pequeños, que las nuevas circunstancias sociales han planteado a las revistas científicas.

Comenzando por el primer interrogante, me parece que el sello de una gran revista se distingue por tres características. La primera es servir de punto de referencia sobre lo que significa una investigación de calidad, en un mundo anegado por multitud de ofertas de contenidos, que se presentan como científicos, cuando no pasan de ser opiniones escritas al dictado de los prejuicios, de los gustos personales o de lo políticamente correcto. Una buena revista ha de ser el faro que ilumina a los que buscan la verdad, el testimonio del quehacer minucioso y cuidadoso en la argumentación, así como en la presentación formal de los textos. La segunda es que las grandes revistas han de ser las defensoras de la honestidad científica. Son muchos los que hoy copian a otros y presentan textos ajenos como propios: es preciso luchar contra el fraude, castigando a quien pretende embaucar, procurando poner todos los medios para que los lectores no sean engañados. La tercera, pienso que consiste en la preocupación por ensanchar el horizonte científico, tanto en temas como en personas. Publicar en una gran revista –que debe actuar siempre siguiendo el criterio evaluador de la “doble ceguera”– no puede depender de si se tratan los temas que gustan a quienes reparten el dinero público para promover su ideología ni de si están escritos por un autor *consagrado*. La buena revista es la que *consagra* a los autores a los que publica, aunque sean poco conocidos, porque escriben con profundidad sobre temas novedosos, así como la que acepta densos trabajos de autores relevantes, aunque no traten de los temas que son premiados por ciertos sectores de la opinión pública, por causas diversas.

El segundo interrogante que es preciso plantearse hoy día es cómo responder a la incidencia de los avances tecnológicos de la época sobre la estructura de las revistas. Esta pregunta tiene, especialmente, tres ámbitos que no pueden dejar de considerarse.

El primer ámbito se refiere a la lengua que haya de usarse en los textos que se ofrecen al lector. Las alternativas básicas que se discuten son tres: *a)* en un mundo interconectado las revistas deben publicar en la lengua materna del autor de cada artículo; *b)* en un mundo globalizado las revistas deben usar el idioma más extendido en el universo



de la ciencia, siendo hoy el inglés la lengua franca en la que trabajan los científicos y en la que canta la juventud; c) en un mundo respetuoso con las identidades culturales diversas, no dispuesto a someterse a imperialismo cultural alguno, cada revista deberá usar el idioma del país donde se publica. Cada una de estas alternativas, como vemos, tiene sus razones y sus defensores. Es evidente que, de modo especial en ciertos temas propios de las ciencias humanas y sociales, expresarse en lenguas diferentes a la materna hace muy difícil presentar todos los matices de lo que se desea decir. Por otra parte, si deseamos encontrar nuestra revista en las bases de datos más reconocidas en el mundo, inmediatamente constatamos, por ejemplo, que en la sección de investigación educativa del *Journal Citation Reports* se encuentran 230 revistas del mundo entero, de las que el 95 % está en inglés: pretender formar parte de la discusión científica internacional publicando solo en una lengua en la que se publica el 2 % de las revistas significativas, se convierte en una misión imposible. Por último, es evidente que no toda lengua tiene la misma fuerza en la promoción de los valores culturales. Muchas lenguas han tenido un uso familiar, sin pretensiones de presentarse como la lengua vehicular de aportaciones culturales relevantes. Pero es evidente que no es el inglés la única lengua que ha realizado, históricamente, esas aportaciones, sino que, al menos en esa situación, se encuentran también el alemán, el español o el francés, por citar algunos casos de todos conocidos. El reto de la lengua, por tanto, es de compleja solución. No creo que haya “the one best way” (¡usando el inglés!) y que hay soluciones que pueden combinar algunas de las alternativas señaladas. Pretender mantener una solución única para las revistas de calidad me parecería un dogmatismo contrario a la evaluación de las plurales circunstancias en las que se encuentran las distintas revistas.

El segundo ámbito se refiere a la influencia que la digitalización (“le numerique”, como dirían los franceses) haya de tener en la configuración de las revistas. Aquí las alternativas también son tres. La primera es mantener que las revistas deben seguir publicándose en un texto impreso. Desde que se publicó la Biblia de Gutenberg, hace 550 años, el texto escrito ha facilitado la reflexión sobre las cuestiones de mayor importancia, mientras que no faltan quienes afirman que las pantallas del ordenador o los mensajes de las redes sociales están moviendo a la superficialidad y a la no comprensión de argumentos que necesitan de un espacio largo para poder ser realmente entendidos. La segunda alternativa señala que el volumen de información de nuestros días hace imposible seguir manteniendo colecciones de revistas, que ocupan un espacio del que ya se carece, por lo que sería necesario acabar con toda versión en papel y ofrecer los textos en el mundo digital, que, por otra parte, es el más usado actualmente, sobre todo por la juventud. La tercera consiste en realizar el doble juego editorial: por una parte, se ofrecería el texto impreso, pero, a la vez, aparecería ese mismo texto, con la misma paginación, en la red. Me parece indudable que, a la hora de tomar decisiones en este ámbito, los directores



de las revistas habrían de tener en cuenta muchas circunstancias, algunas de las cuales se encuentran en el tercer ámbito que presentamos a continuación.

En efecto, el último ámbito de discusión se encuentra en la temática de la gratuidad de los textos que publican las revistas. Como es sabido, cuando los textos están impresos, se suele considerar natural cobrar por ellos y los periódicos gratuitos llevan una vida mortecina, carente de todo interés. Ahora bien, la suma de internet a la mística de la gratuidad de lo público ha llevado a un amplio movimiento que entiende que todo lo que aparece en ese canal público que es internet está llamado a poder ser usado gratuitamente, sin reparar en el uso de cualquier medio para conseguirlo. Como es sabido, España es uno de los países donde con mayor frecuencia se pisotean los derechos de autor y se consiguen gratis películas, canciones, periódicos, etc. Todo este movimiento, aplicado a las revistas científicas, ha conducido a la defensa, sin excepciones, del *Open Access*: la ciencia debe estar abierta a todos los ciudadanos y, por consiguiente, las revistas científicas no solo han de estar en internet, sino que sus artículos deben poder leerse e imprimirse por sus lectores, libres de costos. Más aun, cuando esos artículos se han escrito con el apoyo de un programa público de investigación, se considera que cobrar por su lectura significa que el lector paga dos veces: a través de sus impuestos que han hecho posibles tales ayudas a la investigación y por la lectura del artículo.

No es este un asunto sencillo porque puede ser objeto de muchos matices y perspectivas, lo que explica que, de hecho, haya unas revistas que se ofrecen sin costo, así como otras siempre cobran y unas terceras tienen un tiempo de *embargo* –entre uno y tres años, normalmente– pasado el cual se ofrecen en abierto.

A la hora de tomar decisiones, me parece que hay algunas ideas que no pueden olvidarse. Es preciso señalar, antes de cualquier otra consideración, que no se entiende bien que se vea natural cobrar por lo impreso y no cobrar por lo que aparece en internet. Evidentemente, un texto en internet no paga a una imprenta, no paga sellos ni tiene costos de distribución. Pero sí tiene costos de alquiler de un espacio en la red y de un nombre en la web, de creación de una página web y de mantenimiento y actualización de la web, sin dejar a un lado los costos técnicos para evitar que la web sea atacada. Además hay otros muchos costos, de carácter distinto, en la confección de una revista, como es mantener una estructura directiva que organice los números, reparta los originales recibidos entre los evaluadores, abone a los evaluadores y a los autores, mantenga una correspondencia con los autores –lo que es especialmente importante cuando se trata de pedir correcciones–, adecúe los textos a las normas formales de la revista, corrija las pruebas y, finalmente, coloque en la web los textos aprobados y corregidos, así como promueva su visibilidad a través de diversos medios. Evidentemente todos estos costos alguien los tiene que pagar: “there is no free lunch”, decía Friedman. Los puede pagar el Estado, cuando hay un presupuesto para ello. Sin embargo, la experiencia manifiesta



que es un gran error limitar las publicaciones científicas a las pagadas por el Estado y, de hecho, son pocas las revistas impresas gratuitas, aunque se editen con fondos públicos. Pero también se puede defender que esos costos los pague el autor del artículo: el presidente de la European Educational Research Association (EERA), que engloba a más de cincuenta sociedades europeas de investigación educativa, mandó en junio un *e-mail* a sus miembros diciendo que una importante editorial le ofrecía hacer una publicación de acceso abierto donde cada autor habría de pagar 700 € por artículo, si bien esa cantidad se reduciría a la mitad si la EERA se comprometía a colaborar económicamente en sacar adelante el proyecto.

Como puede observarse, las circunstancias de la sociedad actual nos permiten concluir diciendo que las revistas científicas tienen ante sí un futuro importante, que puede malograrse si no se buscan las peculiaridades específicas de las grandes revistas o si no se consigue navegar sapiencialmente, ante las circunstancias de cada caso, para encontrar las soluciones más apropiadas a los problemas que plantean las nuevas tecnologías y el imaginario colectivo que suscitan.



